

Hemos Escrito

Selecciones de escritores alajuelenses

que recogen y publican como
homenaje a la Patria en
el día de su Centenario:

León Cortés

Raúl Acosta G.

Luis Dobles Segreda

(Iniciativa del Instituto)

Alajuela, Costa Rica, 15 de Setiembre

1821-1921



11 de Abril de 1857

SALUDAMOS con toda la efusión de nuestra alma el memorable día en que al robusto empuje del ejército costarricense, el invasor descorazonado — débil ya ante la justicia — se declaró impotente para resistir el esfuerzo colosal y casi sobrehumano de nuestros heroicos antepasados.

En nuestro afán de hijos de esta privilegiada sección de Centro América, en nuestro anhelo de patriotas, desearíamos que de nuestra pluma brotara un raudal de inspiración, un arranque vigoroso de potente fantasía que revelase lo encarnizado de la lucha, la excelsitud innegable de los héroes en el momento del combate, la magnani-

midad de aquellos soldados, cuyo último aliento era el vagido de la libertad resplandeciente y la maldición eterna que se lanzaba a todos los crímenes cometidos en nombre de la usurpación y de la tiranía.

Las páginas de la historia de nuestra Independencia, blancas como el armiño, puras como la conciencia de un ángel, no estaban sombreadas por una sola mancha de sangre, y ahí tan sólo era de notarse la decisión impávida y serena para afrontar los peligros de un régimen desconocido, y la protesta valerosa de los libres en frente de la intolerancia de la Monarquía. Pero, cuando sonó el clarín de los combates, nuestra sencillez originaria, nuestra escasa práctica en las grandes luchas libradas en el estadio de la política, nuestro aparente letargo e inmovilidad, se trocaron repentinamente en el entusiasmo ardiente que apretaba, cada instante con más fuerza, los resortes del patriotismo, y en el valor, jamás superado en la historia, con que se desafiaba a las huestes invasoras, triunfantes ya a las puertas de la República.

Era preciso atajar la invasión injusta que amenazaba arrollarnos.

Los patriotas costarricenses, levantando desde sus cimientos al pueblo, que tan vivamente resentía el atrevido intento del caudillo Walker, lo arrojaron con estrépito terrible, desbaratando por completo el torbellino aventurero que asolaba en esos momentos el suelo de Centro América. Para la nación costarricense, la lucha a que el destino la arrastraba, fué como el surgir de una aurora en la noche de su historia, oscura y desconocida. Al relampaguear en estos horizontes, el centelleo de las batallas, las naciones todas volvieron la cabeza y contemplaron, con religioso respeto, a un pueblo vigoroso que vive la vida de su patria, que corre al combate como a una fiesta, que no esconde el orgulloso sentimiento de su valer, y que eleva la realidad a las alturas arreboladas de la leyenda, a las cumbres ideales del empíreo.

No es nuestro ánimo narrar la grandiosa epopeya nacional, ni intentamos hacer larga enumeración de los episodios habidos

en la magnífica contienda. Queremos, sí, hacer notar cómo el sentimiento de la libertad está grabado en la conciencia del pueblo costarricense. En esa idea fundamental que acabamos de apuntar, en esa observación sencillísima, se halla fundado todo el culto que a nuestra patria rinden los espíritus generosos, que compenetrando la sangre de sus venas con los soplos de sus almas, destruyen las monstruosas desigualdades, hijas de la fuerza y bajo cuyo peso abrumador espira la libertad y revive la servidumbre.

No! El ciudadano costarricense jamás podría vivir en medio de las tinieblas de la deshonra y de la esclavitud a que pretendiera arrojarlo cualquier engreído y orgulloso caudillo.

En nuestra historia, como puntos luminosos entre tempestades eternas, lucen esos hechos de inmortal memoria que obedecen a la fuerza de los principios, y que son como brillante timbre de nuestro claro nombre, como fortaleza inexpugnable de nuestra indómita independencia.

Y nuestra República, en su asombroso y unánime levantamiento contra las huestes filibusteras, y en su valiente protesta, abonada por la victoria, no puede compararse —sino es en lo heroico de la resolución— con ninguno de los pueblos que en los momentos solemnes de la historia y en las competencias y empeños de la libertad, han sacrificado, sobre ruinas de catástrofes sociales, su vida inacabable para las generaciones venideras y sus fuerzas y labores, ungidas por el martirio y coronadas por la inmortalidad.

La nación costarricense, sin ser la reveladora del derecho como Francia, encrespada por invisible idea; sin haber sido educada, como Esparta, bajo la disciplina del más severo patriotismo; sin que una crisis —como en Sagunto y Numancia— de desesperación y de heroísmo, dominase todos los estruendos y conmoviese todos los espíritus; sin el estímulo de esos grandes acontecimientos que hacen eco en toda la sucesión de los siglos, levanta legiones indomables cuyo patriotismo vivificador inflige severo castigo a los que guerrear contra la Pa-

tria, contra la libertad y contra el derecho.

Es de ver, cómo los que ayer se dedicaban a los tranquilos trabajos del campo, hoy se revisten de incomparable energía y corren a la lid, fuertes y serenos; cómo pelean en la arena ensangrentada, cómo rinden su preciosa vida y cómo permanecen serenos y resueltos, en el sitio del esfuerzo y de la gloria, hasta que el cañón atronador deshace la nube sombría que amenaza eclipsar y ennegrecer para siempre el fulgente cielo de nuestras libertades.

Y en medio de ese glorioso martirologio de patriotas que, arrullados por el honor, sacrificaron su vida en los altares de la patria, descuella la grandiosa figura histórica de Juan Santamaría, de ese prototipo de nuestros héroes que pacta con la muerte, con tal de mirar, entre el fragor del combate y el siniestro resplandor de las llamas, la imagen de la República coronada con los resplandores de una victoria inmarcesible.

El héroe del 11 de abril de 1857 aceptó el martirio y marchó a cumplir la elevada misión que la nobleza de su alma le señalaba

y que la pujanza, de un valor extraordinario, debía llevar a cabo. Incendió la fortaleza enemiga, los ejércitos saludaron al héroe y el plomo aleve cortó la existencia del valiente, coronando con una nueva y magnífica aureola la frente sublime del soldado.

¿A qué luchar contra lo incontrastable? El engreído filibustero capituló, y la nación descansó tranquila en el regazo de la Gloria.

Hoy día, cuando en mala hora, otro aventurero pretenda enseñorearse de la tierra centroamericana, los hijos de los héroes del 57 protestarán contra tamaña osadía y, retemplando sus almas en la religión del patriotismo, se aprestarán a la lucha, dispuestos a sellar con su sangre el evangelio de nuestros derechos.

¡Loor eterno a los héroes del inolvidable 11 de Abril!

¡¡¡Prez y honra a los costarricenses cuyo esfuerzo perseverante hace que la República aparezca esplendente de inmortalidad y de gloria!!!

(De la *Revista de Costa Rica*, 1890).